



Asimilación cultural de los siriolibaneses y sus descendientes en Uruguay*

Renzo Pi Hugarte

En los países que han definido su perfil cultural actual a partir de los procesos de inmigración masiva operados durante los siglos XIX y XX, es notorio que la disposición de los inmigrantes de distintos orígenes a asimilarse¹ a la cultura del medio receptor, no ha sido la misma. En un extremo se sitúan aquellos que resisten toda tendencia a la asimilación tratando porfiadamente de mantener incontaminados sus rasgos culturales propios, por más que el paso del tiempo y la sucesión de las generaciones debilite –a veces sustancialmente– tales intenciones conservadoras. Estos casos resultan especialmente manifiestos cuando los inmigrantes se agrupan en colonias autosuficientes y relativamente aisladas del punto de vista geográfico; por regla general, tales comunidades se hallan fuertemente integradas a partir de la adhesión a un culto religioso peculiar, lo que también genera un elevado índice de endogamia. En el otro extremo, se encuentran aquellas colectividades inmigratorias que se han ido constituyendo de una manera espontánea, nutriéndose con el arribo de individuos aislados o acompañados a lo más de unos

53

* Estos artículos resumen algunos aspectos investigados durante el desarrollo del Proyecto “Los libaneses y sus descendientes en el Uruguay” que tuvo lugar entre los años 2000 y 2002 y que fue financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República. La temática correspondiente a la aculturación de los inmigrantes a la cultura nacional ya venía siendo estudiada a partir de la realización del Proyecto “Asimilación cultural del inmigrante” (1995-1998), que también fue apoyado por la CSIC. Este Proyecto se continuó con el titulado Los gringos uruguayos (Integración económica y asimilación cultural) (1998-2000), aunque éste no contó con la ayuda económica de la CSIC.

1. Sobre la teorización antropológica referida a los conceptos de integración social y asimilación cultural de los inmigrantes, a fin de no extender excesivamente este artículo, remito al lector a la nota en que expuse esta cuestión en las págs. 78 y 79 de mi artículo *Las sorpresas de la asimilación: una mae de santo gallega*, aparecido en el Anuario del Centro de Estudios Gallego, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 1997.

pocos familiares. Estos inmigrantes han formado parte de corrientes que tuvieron continuidad durante períodos a veces considerablemente prolongados. Una nota distintiva común en los mismos, es que entre ellos han sido ampliamente predominantes las actitudes favorables a la asimilación a la cultura de la sociedad que los acogió.

En muchas ocasiones, estos inmigrantes exhibieron inclusive una muy decidida voluntad de asimilación, por muchas veces no carente por cierto de un tono conmovedor, ya que no siempre ha resultado comprendida y aceptada por los miembros de la cultura local, quienes han actuado a su respecto movidos por estereotipos descalificantes, prejuicios agresivos y hasta fuertes rechazos, manifiestos no sólo a nivel popular sino también recogidos en los sistemas normativos que regulaban el ingreso de extranjeros al país. Situándonos en el caso del Uruguay, así ocurrió —obviamente en épocas pasadas— respecto de los españoles, los italianos y también los siriolibaneses, que es de quienes nos hemos de ocupar en estas páginas.

Lo corriente en las sociedades aluvionales y en los momentos de recepción de grandes contingentes inmigratorios, ha sido que quienes llegaban a la sociedad de recepción como individuos aislados, procuraron volver al medio de procedencia una vez conseguida la fortuna que allá era imposible obtener. Eso siempre, desde luego, que la situación política del país de origen les permitiera retornar. Por supuesto, este propósito resultó ilusorio la mayor parte de las veces y solamente unos pocos consiguieron amasar riquezas y obtener destaque social; muchos menos fueron los que pudieron volver “triumfantes” a su lugar. Por eso, el éxito de la inmigración se sustentó en el fracaso de los planes individuales: los que no pudieron “hacer la América” —porque la estructura económica y social de los países que absorbían inmigración no lo permitía o por lo menos no lo permitía en términos extensos— fueron los que por último construyeron las sociedades modernas en este continente.

54 Frente a esta paradójica dinámica de la adaptación de los inmigrantes a la nueva tierra, cabe observar una notoria diferencia en el caso de los siriolibaneses y más concretamente, de los libaneses, lo que implica una originalidad peculiar a su respecto. Aunque es posible que algunos de ese origen mantuvieran el deseo de retornar a su tierra, las conductas seguidas en los países de adopción y especialmente en América Latina —y evidentemente en Uruguay— muestra que de forma por demás amplia desarrollaron tempranamente una clara conciencia de que debían arraigarse en el sitio que habían escogido para afincarse. Es cierto que en su caso, las condiciones económicas y las circunstancias políticas del país de origen volvían más que problemático el regreso; pero también es verdad que a pesar de la distancia entre su cultura original y la que habrían de adoptar aquí, mostraron una considerable capacidad de adaptación, que llega incluso a configurar un ethos especial.

Por cierto que hubo circunstancias de orden social que contribuyeron a incentivar el proceso de asimilación de los libaneses, dentro de lo que hay que destacar la prevalencia durante varias décadas de una inmigración de hombres solos; la traída de las familias que habían quedado allá, se produjo en tiempos posteriores y una vez que el hombre que había iniciado la cadena migratoria por demás aventurada, había conseguido una aceptable estabilidad en el nuevo medio. Así, es destacable la prontitud con que sobre todo aquellos que eran solteros al llegar, se mezclaron con criollas —mediante matrimonios, concubinatos o también amores fugaces— multiplicando una prole que propendió a arraigarlos. Pero también fue evidente la tendencia a adoptar costumbres y modas locales, incluidas al poco tiempo las referidas a la indumentaria; el tesón puesto desde un principio en el aprendizaje de una lengua cuyos sonidos les presentaban dificultades casi insalvables; la rápida comprensión del sistema político de partidos y por consecuencia, el involucramiento en los mismos y en sus luchas. Todas estas cosas constituyen pruebas del rápido y profundo proceso de asimilación. Por eso los

“turcos” desde los primeros tiempos de su establecimiento en este país, pasaron a ser un elemento más del panorama humano del Uruguay y en especial, de su ambiente rural, por más que lógicamente conservaran algunas características exóticas.² Desde la perspectiva actual, no se perciben siempre ni fácilmente los tropiezos que estos inmigrantes experimentaron al asimilarse al Uruguay de entre dos siglos, que mantenía muchos rasgos arcaicos. En ese tiempo, los criollos viejos no siempre mostraron buena disposición hacia los extranjeros y en particular estos “turcos” muchas veces resultaron objeto de ojeriza ante el relativo éxito que venía coronando su denuedo por asimilarse; también se hizo notar el menosprecio hacia ellos de quienes se consideraban socialmente superiores y hasta se produjeron asesinatos de “turcos” para robarles las baratijas que vendían en los pueblos y las estancias. No obstante, estos inmigrantes vencieron finalmente los rechazos y lo hicieron a fuerza de afabilidad y buen carácter. No se dejaron abatir por las repulsas encubiertas o explícitas, consiguiendo hacerse un lugar en esta sociedad.

En los estudios generales sobre migración, generalmente no se ha tenido en cuenta la importancia de los factores expulsivos en aquellos casos en que su gravedad vedaba las posibilidades de retorno del que conseguía salir. Esta fue muy característicamente la situación de los siriolibaneses durante el tiempo en que estos territorios formaban parte del imperio Turco Otomano. De modo que en este caso, no tuvo lugar, como ha ocurrido con otras migraciones, un proceso de flujo y reflujo, por más que a la postre predominara el primero. En la teorización sobre los mecanismos impulsores de cualquier migración, se ha considerado siempre la prevalencia de los factores de naturaleza cultural –sociales, políticos y religiosos– que le dieron un sesgo singular, lo que acentuó la circunstancia de constituir muy mayoritariamente una emigración sin retorno. Analizaremos brevemente estas cuestiones.

La gran emigración siriolibanesa de los tiempos contemporáneos comenzó en la segunda mitad del siglo XIX. Entonces, la situación económica, sobre todo del Líbano, mostraba factores que propendían a la salida de sus habitantes. El Líbano abarca una superficie pequeña –10.400 km², aproximadamente como el departamento de Treinta y Tres– de territorio montañoso con poca tierra agrícola, explotada entonces mediante una agricultura tradicional no tecnificada, sobre la que pesaba una población en crecimiento, además de la enorme carga de los tributos establecidos por el imperio turco y la usura, que por más que el préstamo a interés fuera ilegal de acuerdo a los principios del Islam, afligía permanentemente al campesinado. A esto se le sumaba en los medios urbanos, la existencia de un comercio muy poco desarrollado y una industria rudimentaria. La situación sociopolítica del medio rural libanés constituyó otro importante estímulo para optar por el abandono de la tierra: el Líbano otomano estaba organizado según un régimen feudal a cuya cabeza se ubicaban las familias principales de los *emires*, a las que seguían en orden jerárquico las familias de los *sheiks* que dominaban los pequeños feudos. Estas dignidades señoriales eran hereditarias pero sin que se siguiera el orden de la primogenitura. En la base de la pirámide social se encontraban los campesinos, que estaban privados de la propiedad de la tierra y sometidos a cargas económicas impuestas por los señores y a las formas de sumisión típicas del régimen feudal. Los campesinos entonces, no tenían posibilidades de sacudirse la coyunda. El feudalismo –y mucho más el druso que el cristiano– se vio sin embargo debilitado bajo los gobernadores Fajreddine II, Bechir II y sobre todo Ibrahim Pachá, lo que favoreció

2. En este artículo privilegiamos el análisis del proceso de aculturación de los siriolibaneses al Uruguay. Los aportes culturales de éstos a la sociedad uruguaya, sin duda de importante sesgo modernizador en la campaña, han sido tratados en mi artículo *Cajón de turco: aportes culturales de los libaneses en el Uruguay*, Revista del Cincuentenario del Club Libanés del Uruguay, Montevideo, 1992.

las aspiraciones de igualdad y libertad de los campesinos. Esos impulsos renovadores se vieron estimulados luego del establecimiento de las misiones norteamericanas y francesas en 1818 y 1831 respectivamente. Esto resulta de primordial importancia al apreciar el afán con que los libaneses se integraron en las repúblicas americanas.

La situación política general estaba marcada por lo que para los libaneses –entonces en su mayoría cristianos maronitas³– significaba estar sometidos a un imperio musulmán. La Sublime Puerta, aparte de frenar cualquier intento de autonomía del Líbano, había estimulado los prejuicios anticristianos; los drusos⁴ en particular, se consideraban la casta dominante. Este panorama ya había provocado en la primera mitad del siglo XIX, la revuelta antiturca de Yusef Bey Karma, aplastada rápidamente. Luego, para limitar el poder de los drusos, el gobernador Ibrahim Pachá apoyó a los campesinos cristianos, proclamando en 1856 la igualdad de todos los súbditos del imperio en relación al pago de impuestos y al acceso a las funciones públicas. Estas medidas provocaron la indignación de los drusos que veían limitado su tradicional dominio, lo que desembocó en las masacres de cristianos a manos de éstos de 1860: seis mil muertos en el Líbano y cinco mil en Damasco. Esto agravó una situación permanentemente tensa puesto que ya en 1845 había tenido lugar otra matanza de cristianos. Francia aprovechó la situación para pesar en el Cercano Oriente e intervino en 1860 en defensa de los cristianos libaneses, apoyándose en el debilitamiento del imperio de los sultanes que mostraba una considerable obsolescencia; y aunque no estableció Francia formalmente un protectorado, de hecho interpuso una considerable influencia europeizadora en el Líbano, que habría de continuar hasta la independencia de este país en 1943.

Por otra parte, el nacionalismo libanés, paralelo al afrancesamiento de las élites, se vio estimulado por el establecimiento en Beirut del Colegio Antura, de la Universidad Americana y de la Universidad de los Jesuitas. Muchos intelectuales que pudieron hacerlo, emigraron a Egipto, ya que allí el Jédive Ismael apoyaba las letras y la prensa. Para estos libaneses y después para muchos otros que no habían logrado salir de su territorio, el mundo exterior –y muy especialmente América– se transformó en una suerte de espejismo en donde existía libertad y la riqueza estaba al alcance de la mano.

Un aspecto que merece especial atención a fin de entender a cabalidad la situación del Líbano con respecto a la emigración, es el que tiene que ver con el panorama religioso del país. Allí, antes que partidos políticos, la confesión religiosa fue lo que dividió a los pobladores y la misma se tomó en cuenta de manera decisiva al organizarse la Constitución del Líbano independiente: así, el Presidente de la República debe ser cris-

3. Los maronitas son cristianos del Monte Líbano y Siria cuya iglesia consideran que fue fundada por San Marón en el siglo V. San Marón habría sido un anacoreta que vivió su ascesis de manera impresionante, recluido en el hueco del tronco de un gran árbol –¿acaso un cedro del Líbano?– recubierto interiormente por grandes púas que le impedían todo movimiento. La Iglesia Maronita sigue la liturgia siria, leyéndose la Biblia en árabe y celebrándose la misa en esta lengua; los sacerdotes pueden contraer matrimonio, aunque en la actualidad la mayoría son célibes. Se trata de una iglesia uniata, es decir, que reconoce la autoridad de Roma y el Papa; a su frente está el Patriarca de Antioquia que es confirmado por el Papa; tradicionalmente los sacerdotes estudiaban en el Colegio Maronita de Roma. La unión con Roma se estableció en 1736. Se calcula que los maronitas alcanzan a un millón de fieles.

4. Los drusos son un pueblo establecido en el Yebel Druso al sur de Damasco y en diversas partes del Líbano y el Antilíbano. Su religión mezcla principios musulmanes, judíos y cristianos con algo de misticismo sufi; tal doctrina fue iniciada en el 1029 por Hakim, califa fatimita de Egipto quien se proclamó encarnación del espíritu divino. Su discípulo Darazzi –de cuyo nombre deriva la palabra “druso”– llevó a Siria la nueva religión. Esta se funda en la creencia en un dios inefable que únicamente puede ser conocido por sus encarnaciones de las que ha habido diez, siendo la de Hakim la última. Creen en la reencarnación de las almas cuyo número es infinito, practican la monogamia, se abstienen del vino y el tabaco y las mujeres ocupan un lugar prevalente en la sociedad. Asimismo creen que llegará el Armagedón, combate final entre cristianos y musulmanes luego del cual tendrá lugar la resurrección de los muertos. Tradicionalmente los drusos se han hecho conocer como terribles guerreros, habiéndose rebelado varias veces contra los turcos y luego contra los franceses al establecer éstos el Protectorado sobre el Líbano después de la Primera Guerra Mundial.

tiano maronita, el Primer Ministro musulmán sunnita, el Presidente del Parlamento musulmán chiíta. El Parlamento se compone de 64 diputados cristianos (maronitas 34, ortodoxos griegos 14, católicos romanos 8, armenios 5, otras minorías cristianas 3) y 64 musulmanes (drusos 8, alawitas 2, chiítas 27 y sunnitas 27). Puede decirse que durante mucho tiempo, se consideró en el Líbano que nadie era ajeno a un credo religioso; de hecho, los agnósticos y los ateos apenas podían constituir una insignificante minoría que ni siquiera se tomaba en cuenta en las estimaciones puesto que no alcanzaba ni a un 1%. Una vez fuera del Líbano, los emigrantes establecidos en estados en los cuales la relación entre la religión y la política tendía a situarse y funcionar en esferas específicas no siempre ni necesariamente vinculadas, muchos dejaron de practicar los cultos a los que adscribían en su país natal. En el caso de los maronitas, la unión de su iglesia con el catolicismo romano, hizo que concurrieran preferentemente a las muy abundantes iglesias católicas, cuando mantuvieron adhesión religiosa; por otra parte, al perder los descendientes el uso de la lengua árabe, seguramente les resultaría difícil seguir la misa en ese idioma. Los pocos musulmanes que salieron del Líbano durante el período de la gran emigración, al parecer abandonaron su credo o por lo menos las manifestaciones del mismo cuando se establecieron en países mayoritariamente cristianos.

El peso de la religión como factor expulsivo, se aprecia claramente al observar la repartición de los credos en el conjunto de la emigración. Hacia 1932, época en que fuera del Líbano había tantos libaneses como en el propio país, se ha estimado que los cristianos alcanzaban a un 85%, de los cuales los maronitas significaban un 48 %, seguidos por los ortodoxos griegos que sumaban un 23%, en tanto que los católicos griegos –iglesia también uniata– eran un 12%; los protestantes y los armenios significaban un 1% cada grupo. Los musulmanes –principalmente sunnitas– fueron un 11%; los drusos un 3% y los judíos un 1% (Safa, 1960:25).

Por los acontecimientos antes señalados, un primer período de emigración siriolibanesa comenzó hacia 1860, manteniéndose en cifras bajas hasta 1900 y acelerándose considerablemente a partir de entonces y hasta el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial en 1914. Debe con todo tenerse en cuenta que el Imperio Otomano prohibía por ley la emigración de su territorio, situación que cambió solamente luego de 1908 como consecuencia de la revolución de los Jóvenes Turcos con la caída del sultanato y el establecimiento de la república turca. Hasta ese momento los inmigrantes salían como turistas de Siria y el Líbano en buques que iban a Egipto pero continuaban el viaje hacia los puertos de Génova y Marsella. Debían por lo tanto emigrar clandestinamente, por lo que el regreso les resultaba impedido. En la medida en que aumentó este tráfico, muchos cayeron en manos de especuladores que los embarcaban subrepticamente sin que pudieran saber cuál sería su destino final. De todas maneras, emigrantes siriolibaneses se fueron estableciendo en Francia, en los Estados Unidos, en Australia, en distintos países de América Latina y hasta en ciudades y puertos importantes de lo que era en esa época el África francófona, como Dakar, Conakry y Abidján. Hacia 1880 llegó al Brasil el primer libanés; en Argentina los pioneros de esta inmigración arribaron hacia 1885; en Uruguay, los primeros parecería que procedieron de Brasil y llegaron hacia 1882 (Safa, 1960:89).

Hasta los tiempos en los que nos venimos situando, la emigración siriolibanesa fue fundamentalmente masculina. Después de la Primera Guerra Mundial, ya bajo mandato francés, además de incentivarse el flujo migratorio, lo integraron también mujeres y



niños en cifras importantes. Esta tendencia continuó después de la independencia del Líbano en 1943, pero ya los países latinoamericanos no fueron preferidos de la manera en que lo habían sido con anterioridad puesto que no presentaban entonces las mismas condiciones ventajosas que los Estados Unidos o Australia.

La mayoría de los emigrantes libaneses provenían del centro del país, en las cercanías de la capital, Beirut. La zona de Kesrawan –y especialmente las ciudades costeras o cercanas a la costa– parece ser la que aportó un número mayor de emigrantes; en la zona norte se destaca Darbeshtar, pueblo al que pertenecen varios de los integrantes de la colectividad siriolibanesa en el Uruguay.

En el proceso de integración a las sociedades latinoamericanas de los inmigrantes siriolibaneses y de rápida asimilación a sus culturas, cobró importancia la asimilación que ya habían venido haciendo a la lengua y la cultura francesa, lo que vino a significar un paso intermedio que facilitó su inclusión en estos países. Sin embargo, hay una circunstancia determinante en el proceso que culmina al ir un paso más adelante de la asimilación y que redundaba en la identificación plena del inmigrante –y sobre todo de sus descendientes– en los países latinoamericanos: y fue la presurosa comprensión de los procesos políticos y de las reglas de juego que los determinaban en los distintos lugares, así como la voluntad de intervenir en los mismos. Cualquiera que observe de afuera la historia reciente de las repúblicas latinoamericanas, se sentirá sorprendido al comprobar la gran cantidad de descendientes de siriolibaneses –y muchas veces de siriolibaneses nativos– que han ocupado y ocupan cargos de relevancia en las administraciones públicas, culminando inclusive en varios casos en las Presidencias de estas Repúblicas, aunque siempre se ha tratado de una inmigración minoritaria frente a las provenientes de otros países.⁵

58

Del mismo modo, también la profundidad con que procedieron a identificarse con las culturas populares de las repúblicas latinoamericanas de recepción y el gran destaque que por ello lograron, sobre todo como cultores y creadores de la música popular de varios países, sin que hayan integrado a esas modalidades artísticas, pautas propias de la música oriental. Este hecho va mucho más allá de lo anecdótico: es un convincente índice de la manera en que se encaró el proceso de asimilación.⁶ Estas cuestiones que esbozamos, expresan claramente que los descendientes de aquellos inmigrantes ya no se identifican con la cultura de sus mayores; puede tal vez tentarlos conocer la tierra de donde éstos vinieron, pero no ven en ella un lugar de promisión al que deberían marchar creyendo que emprenden un regreso. Estas nuevas generaciones pueden apreciar ahora las borrosas figuras de sus antepasados como personajes curiosos y hasta divertidos; el tiempo suele disolver el recuerdo de las dificultades que ellos tuvieron que superar y desde la perspectiva actual, no siempre se percibe la dimensión del salto cultural de los que emprendieron la aventura inmigratoria. A veces el proyecto personal de arraigarse en este suelo, únicamente suscita sorpresas al evocar apenas que para los primeros “turcos”, el capital comercial fuera concebido como lo que cabía en sus *kachers*, sus cajones de buhoneros itinerantes; y de que llegaran a considerar que la mayor dificultad para la adaptación estuviera constituida por la reproducción correcta del sonido explosivo de la “p” castellana.

5. A modo de ejemplo y para no abundar, basta recordar los nombres de Turbay en Colombia, Saad, Bucaram y Mauad en Ecuador, Menem, Saa, Saadi en Argentina, Abdala en Uruguay, etc., etc. Como apunte curioso, vale la pena recordar que en este país, el primer diputado nacional –electo por el Partido Colorado– nacido en el Líbano, fue Selim Isí en la década de los años 50 del siglo XX.

6. Vienen a la memoria lo que han significado en la música criolla argentina Eduardo Falú y Jorge Cafrune, así como en el Uruguay la de Cheriff que musicalizó los poemas gauchescos de José Alonso y Trelles, “El Viejo Pancho”. Vale también recordar que acaso el mayor compositor de música criolla ecuatoriana Nicasio Safadi, era nacido en el Líbano; entre su amplísima producción, *Guayaquil de mis amores* se ha convertido en una suerte de himno popular de esta ciudad y provincia.